



John Müller

Leones contra dioses

Cómo los políticos derrotaron a la prima de riesgo
y perdieron la oportunidad de modernizar España

John Müller

Leones contra dioses

Cómo los políticos derrotaron a la prima de riesgo
y perdieron la oportunidad de modernizar España

ediciones península

© John Müller González, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO • fotocomposición
ROMANYÀ VALLS • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 24.902-2014
ISBN: 978-84-9942-375-3

ÍNDICE

Introducción: Los políticos contra los mercados	11
1. El <i>Spanish problem</i> y el comunicado fantasma	17
2. La crisis antes de mayo de 2010	37
3. «Que España no caiga»	57
4. La reforma constitucional	79
5. Engañar a la prima	99
6. La ruina de Bankia	121
7. Una crucifixión a tiempo	153
8. El veto de Rajoy y Monti: «La credibilidad de la UE se juega esta noche»	177
9. España, en la espiral de la muerte	195
10. La prima «sale de la familia»	215
Epílogo: El fin de la Era de las Rectificaciones	235
Cronología	265
Agradecimientos	281
Bibliografía	283
Índice onomástico	287

I

EL SPANISH PROBLEM Y EL COMUNICADO FANTASMA

Zapatero se sienta junto a Papandreu en Davos y España se contagia de la crisis griega — El «riesgo Zapatero» se hace visible con la presidencia de la Unión Europea — Rajoy: «Si tú no actúas, otros lo harán por ti» — Francia y Alemania ejecutan una envolvente sobre el presidente español para que acepte un ajuste duro con la excusa de salvar a Atenas — El comunicado «fantasma» que Zapatero dice que no firmó en la cumbre de mayo de 2010.

«Repensar la eurozona.» Así se titulaba la mesa redonda convocada en Davos el jueves 28 de enero de 2010. El destino señaló esa jornada de manera especial. Una intensa nevada impidió que el presidente polaco, Lech Kaczynski, y el primer ministro belga, Yves Leterme, llegaran a la estación invernal donde se celebra todos los años el Foro Económico Mundial. De pronto, para los fotógrafos el ángulo se redujo de manera notable. Sólo quedaban en el escenario tres líderes con severos problemas: Yorgos Papandreu, primer ministro de Grecia, un país con un déficit público disparado; Valdis Zlaters, presidente de Letonia, que entonces tenía el récord de paro europeo, y José Luis Rodríguez Zapatero, presidente del Gobierno de España, que tenía de las dos cosas en abundancia. En un extremo estaba el presidente del Banco Central Europeo (BCE), Jean-Claude Trichet, un protagonista de primer nivel. Pero en Davos, de lo que más se hablaba en esos días era del hombre que estaba entre Papandreu y Zlaters: Zapatero. El *Spanish problem*, como lo denominaría Carlos Segovia, el correspondiente económico de *El Mundo*.

El director del *think tank* Chatham House, Robin Niblett, presentó a los «tres líderes que están navegando en una tormenta» y preguntó por la situación española. «El euro ha sido un proyecto de éxito —contestó Zapatero— y España, como todos

los países de la eurozona, cumplirá con el Pacto de Estabilidad. [...] Mañana mismo mi Gobierno va a aprobar un plan de austeridad y de reformas de la Seguridad Social.» Si la primera pregunta le permitió al presidente español hacer profesión de europeísmo y señalar que él estaba al mando, la segunda fue sobre la banca y le dejó exhibir sus auténticos pensamientos: «Debemos de ser de los pocos países desarrollados donde el mapa bancario no ha cambiado nada desde hace tres años porque la crisis financiera no ha supuesto la quiebra de ningún banco. [...] Es un poco chocante que desde determinados ámbitos de opinión, después de lo que hemos visto en Estados Unidos, Gran Bretaña o Alemania, se hable [críticamente] del sistema financiero español cuando debería ser para poner en valor la capacidad de resistencia y la buena gestión que nuestro banco central ha tenido con el apoyo del BCE».

Ahí estaban los genuinos sentimientos de Zapatero expuestos ante los mejores analistas del capitalismo mundial. El presidente creía que existía una conspiración en los países anglosajones contra el euro y contra España. Su irritación la venía mascando hacía semanas, desde que había asumido la presidencia de la Unión Europea (UE). Nada más llegar a Davos se fue directamente a ver al economista catalán Xavier Sala i Martín, uno de los expertos del Foro, para reprocharle que fuera por ahí criticando la situación del país. Sala i Martín había dicho el día anterior que percibía «un deterioro claro de la imagen de la economía española este año» y añadía que había notado que a España se la veía como «un país rezagado y eso provoca miedo a invertir». Un diagnóstico parecido formulaba Nouriel Roubini, quien había dicho que Grecia estaba mal, pero que el auténtico problema para el euro era España, una economía mucho más grande, que constituía una «amenaza» para sus vecinos: «España puede ser el primer test serio para el euro». Kenneth S. Rogoff, economista de la Universidad de Harvard, también fue explícito: «La política económica española es un fracaso, está claro». Y junto a ellos, los editorialistas de *The Economist*; el comentarista estelar del *Financial Times*,

Martin Wolf; los analistas de Standard & Poor's... todos parecían haberse conjurado para destacar lo mal que iban las cosas y lo poco que hacía Zapatero para arreglarlas.

Curiosamente, el concepto de «riesgo Zapatero» lo había acuñado la gran banca española, la misma que se daba abrazos con el presidente cuando éste los invitaba a Moncloa o visitaba sus sedes. En enero de 2010, los banqueros admitían que las entidades financieras estaban muy comprometidas en el sector inmobiliario. La Asociación Hipotecaria Española declaró que los promotores debían a bancos y cajas 325.000 millones que no podían pagar. El 60 % del importe correspondía a las cajas de ahorros. El saneamiento que el sector preveía era del orden de 50.000 millones de euros. Sin embargo, las necesidades de financiación ascendían a 300.000 millones y para eso había que buscar dinero en los mercados internacionales, que estaban cada vez más reticentes. Ese recelo era fruto de la desconfianza en la política económica.

Desde el estallido de la crisis financiera en 2008, Zapatero había suplido su falta de experiencia en asuntos económicos con acciones políticas. Había luchado tenazmente por conseguir que lo invitaran a las citas del G-20 donde se había coordinado la campaña contra la crisis. Y lo había conseguido. De hecho ahí, en Davos, poco antes de subirse al escenario que uniría el destino de Grecia y España en la crisis, logró que el presidente de Corea del Sur, Lee Myung-Bak, le invitara a la cumbre de otoño del G-20 en Seúl. Otra peculiaridad del presidente español era que cuando debía decidir entre una batería de medidas económicas siempre buscaba las que tenían mayor repercusión política y mediática. Cuando descubrió, por ejemplo, que las reformas de los sistemas de pensiones eran valoradas como medidas profundas, serias y de alto impacto en el largo plazo, se convirtió en un acérrimo partidario de ellas, no por convicción sobre su bondad económica sino por su impacto político.

Para estar tan pendiente del marco político de la crisis, Zapatero se había despistado en Davos. Situado físicamente al

lado de Papandreu, la crisis de los ingobernables países del sur de Europa quedó en la retina de todos. El líder griego, además, como el bañista que se aferra desesperadamente a todo lo que flota, se pegó aún más a España. «Está claro que hay ciertos ataques contra Grecia que apuntan en realidad al euro como objetivo principal. Y detrás de Grecia están Portugal y España. Nos ven como el eslabón débil», confesó Papandreu a los periodistas. Además, a los asistentes les irritó que Zapatero se declarara «*shocking*» (según la traductora) por sus comentarios críticos sobre la situación de la banca española que eran la comidilla en los pasillos. Nadie se creía que, después del pinchazo de la burbuja inmobiliaria, la banca hubiera sido capaz de reestructurarse con la sola caída de una pequeña caja de ahorros llamada Caja Castilla-La Mancha. Zapatero estaba en el escenario en su condición de presidente de turno de la UE, un hito que ningún presidente español volverá a encarnar hasta 2023. Y el osado Zapatero, siempre interpretando en clave política la crisis, había puesto muchas esperanzas en que su liderazgo europeo le permitiría atraer hacia sí los focos y dejar en la penumbra los pésimos datos de España. No fue así. Se equivocó, y al subir al escenario subió con él a toda la economía española, que a partir de ese momento fue blanco de un examen crítico generalizado. Y el termómetro de ese análisis, la vara con la que fuimos medidos, fue la prima de riesgo, el diferencial entre el tipo de interés que paga el bono español a 10 años y el bono alemán al mismo plazo. «La prima de riesgo es mi marcapasos», diría tiempo después Zapatero. Ese día, en Davos, la prima marcaba 100 puntos porcentuales. Es decir, el bono español rentaba sólo un 1% más que el *bund* alemán. Eso no duraría mucho tiempo.

La reacción a la foto de Davos fue inmediata. No sólo se extendió la desconfianza hacia la economía española, sino que los hechos de los días siguientes complicaron las cosas. La banca

española sufrió fuertes caídas en bolsa. El viernes 29 de enero, de vuelta en Madrid, Zapatero anunció el retraso de la edad de jubilación hasta los 67 años con el único apoyo de su partido y la crítica de todos los demás y de los sindicatos. No le quedaba más remedio que intentar contrarrestar con esa reforma dos datos horribles: ese día se conoció que el déficit fiscal había llegado en 2009 al 11,4 % del PIB,¹ es decir 20.000 millones más que lo que se había dicho tan sólo un mes antes, y que la cifra de parados había alcanzando a finales de 2009 la cifra de 4.326.500 personas. Ese viernes coincidieron otros tres hechos aparentemente desconectados, pero que serían importantes con el paso del tiempo. Manuel Pizarro, el expresidente de Endesa que había sido el gran fichaje de Mariano Rajoy para las elecciones de 2008 y que se había enfrentado a Pedro Solbes en un famoso debate televisivo, abandonó su escaño parlamentario tras dos años de una muy discreta actuación en el Congreso. Rodrigo Rato, el exvicepresidente del Gobierno con José María Aznar y exdirector ejecutivo del Fondo Monetario Internacional (FMI), asumía todo el poder en Caja Madrid, relevando a Miguel Blesa, que había estado 13 años al frente de la entidad y que la entregaba con el beneficio más bajo de toda su etapa y pérdidas de 66 millones de euros en el cuarto trimestre de 2009. Y, por último, en Estados Unidos Ben Bernanke era reelegido al frente de la Reserva Federal con el apoyo más débil de su historia: sólo 70 de los 100 senadores le brindaron su voto, un hecho sin precedentes. Bernanke era el padre de las políticas monetarias expansivas que él, un gran estudioso de la crisis de 1929, creía que eran esenciales para evitar otra Gran Depresión. Su postura era rechazada en Europa por el Bundesbank.

1. Correcciones posteriores dejarían la cifra en el 11,1 %. Éstas son habituales, aunque en septiembre de 2014 se vieron aumentadas por los cambios introducidos en el cálculo del PIB. El déficit de 2013, por ejemplo, se redujo del 6,62 al 6,33 pasando de incumplir el objetivo fijado por la UE a cumplirlo.

El domingo 31 de enero, Jaime Caruana, exgobernador del Banco de España y presidente del Banco Internacional de Pagos, echaba más leña al fuego en una entrevista en *El Mundo*. «España debe lograr ser creíble ante los mercados», decía. «Un gran reto es el fiscal: se han deteriorado las posiciones presupuestarias en los últimos tiempos y es cierto que era necesario para atajar la crisis, pero ahora hay que pensar seriamente en cómo tener planes de medio plazo que aseguren una credibilidad en la sostenibilidad de la deuda.» En realidad, la deuda pública, cuyo monto alcanzaba en 2008 el 40,2 % del PIB y había bajado durante años, no era un problema tan grande como la deuda privada, que equivalía al 318 % del PIB, fruto de la burbuja de crédito en la que había vivido el país.² Sin embargo, el desorden de las cuentas públicas, con un déficit disparado, la adopción de planes de estímulo que sonaban más demagógicos que efectivos, la debilidad política del Gobierno y la falta de crecimiento ponían en duda su capacidad de hacer frente a sus compromisos. Wolfgang Munchau, columnista del *Financial Times*, no tenía dudas: «El peligro de verdad es España». La vicepresidenta segunda y ministra de Economía y Hacienda, Elena Salgado, que en mayo de 2009 había augurado la aparición de «brotos verdes», veía cómo se marchitaban y eso acentuaba la impresión de que el Gobierno no disponía de previsiones confiables.

Así, la ducha escocesa que el presidente del Gobierno recibió en Davos se la había ganado a pulso. No ha habido en la España moderna un Gobierno menos respetuoso con los Presupuestos Generales del Estado (PGE) que el de Zapatero. Y eso, al final, tuvo consecuencias. Mucha gente se preguntaba en qué se parecía tanto España a Grecia que salía en los papeles junto a ella. Las diferencias eran muchas. Más allá de que España

2. En 2008, la deuda privada se componía de la deuda de las familias (913.385 millones), las sociedades no financieras (1.474.718 millones) y las sociedades financieras (1.068.985 millones). Los datos son del Banco de España.

cuadruplique en población a Grecia y su economía sea cuatro veces más grande, la fuerza laboral española era casi cinco veces mayor, aunque su tasa de paro era el doble (entonces un 9 % en Grecia frente a un 18 % en España). Desde el punto de vista tributario, España era más disciplinada. Lo que recaudaba por impuestos directos representaba casi el 9 % de su PIB, mientras que en Grecia apenas obtenían un 5,8 %. La gran diferencia estaba en la deuda pública. Grecia tenía una deuda respaldada por el Estado que llegaba al 111,4 % de su PIB, mientras que la de España era del 54 % a finales de 2009. Y lo más importante: Grecia no reducía su endeudamiento por debajo del 100 % del PIB desde 1998, mientras que España estaba desde 2003 por debajo del 40 % gracias a una política de amortizaciones iniciada por Aznar y continuada por Zapatero. Esto, que podía ser un indicador muy favorable para España, se transformaba en una ventaja relativa por la pérdida de credibilidad de las cuentas públicas. Para tener una idea de lo grave que era la situación bastaba comprobar que los mercados le daban a España el mismo trato que a un país cuyas estadísticas habían sido denunciadas por la UE. Al margen de que pudiera existir una manipulación, las cifras por las que Grecia fue cuestionada eran más o menos las que siguen: en 2008 declaró que iba a tener un déficit público del 5 % y finalmente tuvo que corregirlo y elevarlo hasta el 7,7 %, y en 2009 prometió un déficit del 3,7 % y al final fue del 15,7 %. Curiosamente, el Gobierno español declaró que su déficit público en los Presupuestos Generales del Estado de 2008 sería de un 1,5 % y al final fue del 4,5 %, ³ y en los de 2009 había presupuestado un déficit del 5,8 % y acabó siendo del 11,4 %. España no manipulaba las estadísticas (aunque después se descubriría que las comunidades autónomas guardaban facturas en los cajones), pero sus previsiones fallaban más que una escopeta de feria. A los mercados las razones les daban igual, el

3. Originalmente se informó de que el déficit de 2008 fue del 3,82 %. Correcciones posteriores lo elevaron, primero al 4,1 % y después al 4,51 %.

resultado era el mismo. Zapatero se quejaba de una conspiración internacional para acabar con su credibilidad. La verdad es que la responsabilidad era toda suya, ya que, de tanto ver los Presupuestos Generales del Estado como un mero escollo parlamentario, creía que bastaba una alianza oportunista —«de geometría variable», como él la había descrito en 2008— para aprobarlos. Los PGE eran y siguen siendo la ley más importante de una democracia no sólo porque en ellos se expresan las intenciones políticas del Gobierno o el apoyo parlamentario que éste tiene, sino porque su cumplimiento es reflejo de la seriedad de sus autores.

A los enormes problemas de la economía española se sumaba el desconcierto absoluto que se apoderó de la UE con la crisis de Grecia. Todo eran improvisaciones, hasta el más nimio de los detalles. ¿Qué ocurriría si un miembro de la moneda única declaraba un *default*, es decir, una suspensión de pagos? ¿Debía intervenir el Fondo Monetario Internacional (FMI) en el rescate de un país de uno de los clubes económicos más ricos del planeta? ¿O eso era patrimonio exclusivo de los países en desarrollo? Muchos de los miembros del directorio del Banco Central Europeo consideraban humillante que el FMI participara en el plan de estabilización de un miembro del euro. Al final se impuso el sentido común con el argumento más lógico: si el FMI no podía participar en el salvamento de un país miembro, ¿qué sentido tenía seguir perteneciendo al organismo? Finalmente, el 11 de abril de 2010, Grecia pidió el primer rescate por un monto de 45.000 millones, del que España aportó 3.673 millones. Pero todos los observadores sabían que ese dinero apenas permitiría mantener a flote el país durante un año. Grecia debía 300.000 millones y en los siguientes tres años debía afrontar vencimientos por 150.000 millones. Así que el 2 de mayo se le concedió un préstamo de 110.000 millones a desembolsar en tres años. Era evidente, como se comprobaría

en pocas semanas, que sin una operación de reestructuración de su deuda toda ayuda era insuficiente.

A partir del 17 de abril los hechos se precipitaron. Ese día, Olli Rehn, vicepresidente de la Comisión Europea y comisario de Asuntos Económicos y Monetarios, visitó España y reprochó a la ministra Salgado que su plan de consolidación de las cuentas públicas no fuera creíble. Había, además, un enfrentamiento de fondo: Rehn, con el apoyo de Trichet, quería que, para evitar nuevos casos como el de Grecia, los países del euro pudieran revisar «de manera sistemática y rigurosa» los presupuestos de sus socios antes de que los Parlamentos los aprobaran. Deseaba, además, que llegado el caso, una mayoría de Estados pudiera formular recomendaciones a esos presupuestos. Salgado, que era presidenta de turno del Ecofin (consejo de ministros de Economía y Finanzas), rechazó la idea y dijo que España no estaba dispuesta a ceder soberanía presupuestaria. «Ni por mayoría cualificada ni por unanimidad», dijo.

El 22 de abril, el Ibex, el índice bursátil español, sumaba una caída del 4 % en dos días al revisarse al alza el déficit griego. Al día siguiente, en la reunión del G-20 en Washington, Salgado intentaba taponar la hemorragia de credibilidad afirmando que España estaba «mucho mejor que Grecia». Pero las cifras la desmentían: el déficit fiscal había crecido un 15 % sólo en el primer trimestre de 2010, el paro escalaba hasta el 20 % y los costes de personal en el sector público se disparaban un 6,8 %. La credibilidad de la ministra estaba bajo mínimos, pese a lo cual volvió a afirmar el 27 de abril por décima vez que el país estaba asistiendo al fin de la crisis. «Los datos están mejorando», dijo. Pero los mercados no le creían y seguían hundiéndose, y ese mismo día el Ibex perdía un 4,19 % ante el temor de una rebaja de la solvencia de la deuda española. Al día siguiente Zapatero salió a apoyar a Salgado y dijo que «hay indicios de que nuestra economía mejorará». Le ocurrió lo mismo que cuando anunció, optimista, que ETA no atentaba y al día siguiente la banda terrorista voló parte de la Terminal 4 del

Aeropuerto de Barajas. Pocas horas después de su declaración, Standard & Poor's anunció la rebaja de la calificación de España. El BCE situaba al país entre los peores del euro, junto a Irlanda y Grecia, «por el deterioro de su posición fiscal».

El 2 de mayo, Papandreu anunció en Grecia un dramático recorte social tras años de engaños y mentiras. Las protestas se extendieron por todo el país y despertaron simpatías en el resto de los países mediterráneos. El lunes 3, Moncloa anunció que Zapatero había citado al líder de la oposición para hablar de las cajas de ahorros y de Grecia. El rápido deterioro de la economía les obligaba a reunirse por primera vez en dieciocho meses.

El martes 4, las redacciones de los medios de comunicación se llenaron de rumores. Fue entonces cuando Zapatero vivió uno de los episodios más extraños de la crisis. Se encontraba en Bruselas para una visita a la OTAN y otras reuniones cuando se enteró de que el diario francés *Le Figaro* estaba difundiendo la noticia de que España pediría a la UE y al FMI una ayuda financiera por valor de 280.000 millones. El presidente, enfadadísimo, desmintió la información y la tachó de «absoluta locura» y «despropósito descomunal». «No doy crédito», repetía. «Es intolerable, sencillamente intolerable, no lo vamos a permitir...», musitaba mientras los periodistas extranjeros le preguntaban si la información era cierta. Poco después, el rumor se completaba con especulaciones de que las calificadoras de deuda Moody's y Fitch recortarían el *rating* de España, cosa que no sucedió. Ese día, el Ibex cayó un 5,4%, el doble que las demás bolsas europeas. Tiempo después, Zapatero confesaría que en ese momento sintió que fuerzas muy superiores movían los hilos de la realidad política y de los mercados internacionales.⁴ Pese a su indignación inicial, nunca ha querido proporcionar el menor indicio que alimente una teoría de la conspiración

4. Su reflexión recuerda a una muy similar que hizo, guardando las distancias, el expresidente José María Aznar a raíz de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

en torno a ese rumor. Cuando le pregunté si los servicios de inteligencia españoles o el Gobierno habían hecho un seguimiento del origen del mismo, me contestó vagamente que lo habían situado en una agencia de noticias desconocida en Oriente Próximo. En esa misma comparecencia, un periodista italiano le preguntó si se había dado cuenta de que los mercados únicamente atacaban a los países con Gobiernos socialistas (Portugal, España y Grecia) y Zapatero contestó en voz muy baja: «No había caído... Imagínese por un momento si hubiera hecho una reflexión parecida a ésta».

En sus memorias de la crisis, recogidas en el libro *El dilema: 600 días de vértigo* (Planeta, 2013), el expresidente sostiene que «la difusión de ese rumor tuvo un efecto muy dañino en la credibilidad y solvencia de nuestras finanzas públicas. Y no sólo lo digo por la reacción de los mercados y la prensa; también empecé a percibir en el seno europeo una mirada distinta hacia nuestra realidad. [...] Se había traspasado una barrera: de una relativa confianza en España se pasaría en pocos días a una creciente preocupación por nuestra estabilidad y solvencia financieras». En realidad, el que había cruzado la barrera era él, que de repente percibía el peligro cierto e inminente de perder el control de la situación debido al abultado déficit fiscal registrado en 2009, pese a que muchas personas se lo venían advirtiendo desde hacía tiempo.

Aquella fue una jornada dura y larga. En el curso de la misma recibimos datos en la redacción de *El Mundo* que publicábamos cuando podíamos contrastarlos. Sobre el mediodía, sin embargo, llegó uno muy concreto a través de un ejecutivo de Unidad Editorial. La información procedía de un veterano eurodiputado del PP con el que había cenado la noche anterior y decía que había un acuerdo de los ministros con mayor peso en el Ecofin (Christine Lagarde por Francia, Wolfgang Schäuble por Alemania y Giulio Tremonti por Italia) para lograr que Elena Salgado anunciara un enérgico ajuste ese mismo fin de semana con el fin de separar a España del problema griego. La

estrategia era constituir un gran fondo, con una cantidad de dinero inconcebible por los mercados, para financiar el rescate griego y eventualmente el irlandés y portugués, pero al mismo tiempo anunciar que países como España, que despertaban sospechas por sus abultados déficits, tomaban medidas radicales para contenerlos. Le dije a mi interlocutor que ese rumor había circulado varias veces en las últimas semanas y que no había pasado nada. Me contestó que la tarea de convencimiento de Salgado ya estaba hecha, que ésta había asumido ante sus colegas que era preciso un ajuste mucho más creíble, pero que la toma de esa decisión le correspondía al presidente. Como Lagarde y Schäuble eran conscientes de las limitaciones institucionales de Salgado, habían decidido reforzar su plan pidiendo a sus propios jefes, Nicolas Sarkozy y Angela Merkel, que persuadieran a Zapatero. Se trataba de una envolvente en toda regla sobre el presidente español. Este tipo de matices no son normales en un simple bulo, así que consideramos factible la información, aunque ninguno de nuestros reporteros fue capaz de confirmarla con fuentes que dieran la cara.

Al día siguiente, Zapatero y Rajoy se entrevistaron en Moncloa. El líder del PP, que recibió varias llamadas previas de grandes empresarios que le instaban a mostrarse «responsable» y a dar una imagen de unidad «para que se vea que España no es Grecia», llegó afirmando que se había acabado «la hora de perder el tiempo» y le exigió un plan creíble de lucha contra el déficit. Zapatero, pese a las dudas que despertó en él el rumor de *Le Figaro*, le contestó que un recorte drástico comprometería el crecimiento, así que no era procedente, a su juicio. En lo único que alcanzaron un acuerdo fue en cómo tratar a las cajas de ahorros. Rajoy, que había ido con el freno de mano echado, dejó caer una frase que, leída *a posteriori*, da que pensar: «El ejemplo de Grecia de esperar a que escampe no conduce a nada. Si tú no actúas, otros lo harán por ti».

En *El dilema*, Zapatero dice sobre esta reunión: «Lo cierto es que Rajoy dispuso de una gran baza política. Él me pidió el 5 de mayo lo que tuve que hacer el 10, y yo lo había desestimado por negativo para la recuperación económica. Y además, era fácil hacer un discurso para presentar mi actitud como una “imposición” europea». Sí, era fácil hacer ese discurso *a posteriori*, pero Rajoy ya le había advertido lealmente sobre su imposición el día 5 y Zapatero, obcecado, perseveró en su error.

El jueves 6, Zapatero habló con Merkel para preparar su encuentro del viernes. La canciller le explicó que al día siguiente el Parlamento alemán debía votar la ayuda a Grecia y consideraba que ése era un momento decisivo. Zapatero describe así la conversación, en la que notó «una nueva actitud en sus palabras»: «Fue la primera vez que la canciller me planteó varias preguntas sobre la situación de España: las cajas, las autonomías, el mercado laboral... Y también me preguntó por la situación política». Si Merkel intentaba poner en situación a Zapatero, lo consiguió a medias. De hecho, éste confiesa en sus memorias que «de la conversación no extraje la conclusión de que se iba a pedir una acción concreta e inmediata a mi Gobierno, aunque era ya evidente que la aproximación hacia nuestro país era distinta».

El viernes 7 de mayo los titulares reflejaban la fuerte caída del mercado de Wall Street y el ascenso de la prima de riesgo hasta los 164 puntos. El Ibex se dejaba en tres días un 11 %. Y al día siguiente ya acumulaba una caída del 13 %. El miedo al contagio griego afectaba a todas las bolsas. Merkel hablaba de endurecer el Pacto de Estabilidad y volvía a pedir más ajustes. Pero el Gobierno —en otra prueba de su falta de realismo— decidía salirse por la tangente y satanizar a los mercados, arremetiendo contra los mismos a los que pedía que compraran su deuda. La vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega anunciaba que se aplicaría el Código Penal a los especuladores. «España no va a consentir que se juegue con su prestigio» utilizando «malas artes» y «conductas punibles», afirmaba. Era el primer resultado del bochorno que había sufrido el presidente

a raíz del rumor de *Le Figaro*. Zapatero, por lo demás, estaba de nuevo en Bruselas para asistir al consejo que ratificaría el Acuerdo de Ayuda a Grecia alcanzado el 2 de mayo. Y allí se encontró con un ambiente mucho menos comprensivo con su gestión. «España tiene que dar una señal mucho más contundente de que va a cumplir con el programa de estabilidad y de que va a ejecutar las prometidas reformas», decían fuentes próximas a los ministros europeos. El periodista de *El Mundo* Carlos Segovia aportaba una información reveladora: el Gobierno había pedido discretamente a los bancos españoles que no dejaran desiertas las subastas de deuda para no empeorar la imagen del país.

El mismo Segovia, que tenía muy buenos contactos en Bruselas tras haber sido corresponsal varios años allí, conseguía armar una información sobre la encerrona que le preparaban a Elena Salgado ese fin de semana a partir de las pistas que habíamos recibido desde el martes. Seguían sin aparecer fuentes con nombres y apellidos, lo que no nos complacía en absoluto, pero los signos y los testimonios de personas que pedían mantenerse en el anonimato eran tan contundentes que decidimos arriesgar en las páginas de Economía de la edición de aquel sábado 8 de mayo de 2010. «Los socios del Eurogrupo empiezan a impacientarse con España —escribía Segovia— y una mayoría de ministros europeos de Finanzas está reclamando ya en privado a la vicepresidenta segunda del Gobierno, Elena Salgado, que tome medidas adicionales para evitar el contagio griego, según ha podido saber este diario.»

Lo que no sabíamos la tarde-noche del viernes 7 de mayo era lo que estaba pasando con Zapatero. Merkel ya había hablado con él el día anterior, sin plantearle concretamente lo que los ministros del Ecofin buscaban. El presidente español había oído la música, pero no la letra. Ahora le tocaba a Sarkozy, que había sido instruido por Lagarde. Zapatero ofrece una versión de primera mano: «El tono del presidente de la República Francesa en ese encuentro fue dramático. Me dijo que, si no éramos capaces de articular una decisión resuelta y una po-

lítica ambiciosa en favor de la unidad europea y de la defensa del euro, el lunes los mercados podían llevarnos a una situación límite. Me comentó que la postura de Alemania era muy dura, aunque pensaba que al final estaría a favor de un compromiso de alcance para restituir la credibilidad. [...] La referencia a la mayor exigencia en la reducción del déficit público era genérica. Sí, me habló de España, pero sin precisar la necesidad de algún compromiso concreto».

Antes de comenzar la reunión, Jean-Claude Juncker y José Manuel Durão Barroso le dijeron a Zapatero que existía la posibilidad de crear un fondo europeo para rescatar países en problemas, pero que los detalles había que discutirlos ese fin de semana. Merkel lo saludó y le volvió a insistir en la necesidad de hacer más esfuerzos y reformas en España. «Al inicio de la reunión, mi impresión era que a países como España les pedirían un esfuerzo genérico en esa dirección y especialmente, claro está, en la aceleración de la reducción del déficit. Durante la reunión no extraje la conclusión de que a España se le requiriese un compromiso específico y concreto, es decir, cuantificado en plazos, para adelantar la senda de consolidación fiscal», dice Zapatero.

En sus memorias de la crisis, el presidente español describe esa reunión como el momento en que el asalto de los mercados, «el ataque a Pearl Harbor» como él lo bautizó, puso de manifiesto las debilidades del euro. «Desbordados», así describe a los líderes europeos, por la situación de Grecia. En aquella cumbre también pesaban las elecciones en Renania del Norte-Westfalia, el *Land* más rico de Alemania, que se celebrarían el domingo 9 y que Angela Merkel acabaría perdiendo en parte por su política hacia Grecia. Pero lo más sobresaliente de todo es la existencia de lo que se ha convertido en un comunicado *fantasma*, suscrito esa noche, y del que Zapatero dice que no se enteró o no quiso darse por enterado. En él se sostenía que «la consolidación de las finanzas públicas constituye una prioridad» y que «cada uno de nosotros, en función de la situación de su país, está dispuesto a adoptar las medidas nece-

sarias para acelerar el saneamiento y asegurar la sostenibilidad de las finanzas públicas».⁵

De hecho, Zapatero recuerda exactamente lo contrario en su libro: «Anteriormente afirmé que la reunión fue extraña y no sólo porque en ella aprobamos un plan de ayuda a Grecia que nosotros mismos íbamos a enmendar una semana más tarde creando el Fondo de Estabilidad, sino ante todo porque no hubo una declaración por escrito, un comunicado, como siempre sucedía cuando nos reuníamos al máximo nivel y en circunstancias tan extraordinarias». Que el expresidente no es consciente de que suscribió ese documento lo ratifica el hecho de que lo afirma no una, sino dos veces en su relato. «Ante la falta de comunicado, Herman Van Rompuy puso encima de la mesa los mensajes que debíamos trasladar en nuestras ruedas de prensa. Y comparecimos ante los periodistas con un relato que, por reiterado, empezó a parecer rutinario y carente de fuerza: “Haremos todo lo que esté en nuestras manos para defender el euro”. [...] En mi comparecencia, y fruto del compromiso genérico que habíamos acordado, adelanté además que España aceleraría la reducción del déficit público. Pero en aquel momento aún no podía definir cómo se iba a traducir ese compromiso. Eso sucedería en la cumbre de ministros del domingo. Lo adquiriría en mi nombre la vicepresidenta Salgado en una difícilísima reunión.»⁶

¿Es concebible que el expresidente del Gobierno no recuerde que suscribió un comunicado oficial de gran alcance

5. El texto del comunicado de los jefes de Estado y de Gobierno del 7 de mayo de 2010 figura en la página 29 del libro resumen de los consejos europeos celebrados ese año. Puede descargarse en la dirección http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/librairie/PDF/QC3010507ESC.pdf. En favor de la versión del expresidente Zapatero hay que señalar que este documento no figura en la relación histórica de los comunicados de 2010 a la que puede accederse desde la web oficial <http://www.european-council.europa.eu/council-meetings/conclusions?lang=en>.

6. Ver José Luis Rodríguez Zapatero, *El dilema: 600 días de vértigo*, Planeta, 2013, pp. 99 y 100.